

cuenta que poseían su cultura—hallaríamos más que canibalismo y ritos horribles. Todas las ilusiones de los escritores que predicaban el regreso a una edad de paz, concordia y dulzura entre los hijos de Adán, son meros ensueños, que parten de un error capital, suponer que los hombres son naturalmente buenos, y que es la civilización quien los corrompe. Tan corrompido era el Chato del Escorial, como el marqués de Sade. Los brutos tienen su corrupción, más sucia, hedionda y feroz que la de los refinados. Malo es todo el mundo; los católicos creemos que desde el pecado original, y los sabios, los verdaderos sabios, observadores, inductivos, sin mancha de filantropismo cándido creen lo propio exactamente, no situándose en el terreno de la teología, mirando la cuestión desde el punto de vista antropológico...

Voltaire decía a Rousseau (genuino precursor de Tolstoy, el cual con su aspecto castizo de mujik ruso, es más afrancesado que otra cosa): «Cuando os leo, me dan ganas de andar a cuatro patas.» Esta misma sugestión de regreso a lo más natural, que es lo animal, produce Tolstoy, a pesar de su exaltado espiritualismo. En efecto, sabiendo y queriendo ver al través de las predicaciones del apóstol de Yasnaya, lo que aparece es meramente la tendencia a la regresión. No lo cree así el ilustre novelista, ni menos sus adeptos: la reforma tolstoyana les parece llena de espíritu, llena de dominio del alma sobre la animalidad, de victorias de la voluntad sobre los sentidos, de misticismo y de abnegación. Y lo estará en efecto; sólo que no lo estará nunca sino en la intención elevada que yo no he de negar a Tolstoy, pues ni le creo un comediante ni un agitador ambicioso, y supongo que, diciéndolo tan admirablemente, dice lealmente su sentir. En los resultados, las enseñanzas y programa de Tolstoy nos conducirían—en el caso inverosímil de que prevaleciesen—al archipiélago de los Maories ó a la Bahía de los Sacrificios. Esa piara de labriegos, todos unidos para «trabajar el pan»; sin tuyo ni mío, sin tribunales, sin fuerza armada, sin que nadie tenga derecho a vestirse de seda ni a hacerse servir por otro, sin moneda, sin rey ni roque—pongamos por roque, en este caso, a cualquiera que ejerza el poder, a un presidente de república—parece, a primera vista, algo muy santo y bueno, muy justo y muy respetable. Fijaos bien, y los veréis, a plazo breve, convertidos en la horda primitiva, la ancestral, la que aulla, devora carne de sus semejantes, vive en promiscuidad y por no alzar la casa se refugia en la caverna. Los recuerdos de un estado anterior civilizado y disciplinado—no perfecto, ciertamente—bastarían para envenenar más aún y hacer más negra esta barbarie, a la cual vuelve el hombre no bien se le deja a solas con su natural instinto...

Sin recurrir a la ciencia; en la vida diaria, en los más humildes aspectos de la existencia, comprobareis el predominio del impulso de barbarie y hasta de maldad que sólo trabajosamente reprime la civilización. Todo el que tenga servidores advertirá cuán difícil es imbuirles ideas de aseo, de orden, de respeto a sí mismos. Quizás obtendréis que limpien vuestra habitación; lo imposible será que espontáneamente hagan otro tanto con la suya. Abandonad unos días cualquier rincón de vuestra casa, y lo encontrareis atestado de objetos informes, que arrojan allí la desidia y la indiferencia, formas mansas de la barbarie. Hasta sucede una cosa no prevista por Tolstoy, y es que la barbarie se manifiesta más ó menos, según las edades, y es a veces y muchas—de origen sexual. Es decir, que en la edad en que el amor constituye una necesidad imperiosa, el hombre es de suyo más bárbaro. No se presenta el fenómeno sólo en el pueblo, en las clases poco educadas: a cada paso leemos en los periódicos casos de señoritos que han cometido este desmán, la otra tropelía, la atrocidad hache y la bestialidad equis. Rompen todo, lo arrojan todo por el balcón, dan palizas a miserables mujeres, insultan a los agentes, disparan tiros... Si no existieran, mal ó bien, autoridades, leyes, cárceles, castigos, ¿a qué extremo llegarían esos nenes? Nos degollarían a los ciudadanos pacíficos... Verdad que en la sociedad imaginada por Tolstoy no existe el problema del amor; el apóstol lo ha arreglado con radicalismo, decidiendo que la especie humana debe acabarse y no conviene que nazca un hombre más sobre la tierra...

Y aquí tenemos, bien patente, una señal de lo que dan de sí esas teorías de regresión al estado natural y primitivo. De ellas sale lo más antinatural, lo absurdo, lo que lleva el estigma de la locura; y ese estigma, esa grieta en el cráneo, caracteriza a la literatura social, propagandista y evangélica de Tolstoy. He dicho evangélica porque, en efecto, Tolstoy

se inspira en pasajes del Evangelio; sólo que interpretados en determinado sentido. Todas las herejías, todos los delirios de la razón y del sentimiento humano pueden sacarse del Evangelio y de la Biblia. El inmenso contenido, la profundísima doctrina rebotante de los libros sagrados, da larga tela a los sofistas; por eso Tolstoy se apoya en textos evangélicos, y Evangelios llamó a sus novelas sociales Zola.

Zola, menos inspirado, menos artista que Tolstoy—aunque también grande por sus condiciones literarias,—en cuanto predicador social no me parece tan desequilibrado ni tan peligroso. La idea de la patria, por Tolstoy cruda y cerradamente anatematizada, la respeta Zola hasta en obras como *La débacle*. Zola no cree que convenga suprimir la especie humana suprimiendo el amor: antes al contrario, recomienda y encomia la unión conyugal y la formación de la familia. Zola tampoco creo yo que opina que el arte es algo bizantino y corruptor, como dice Tolstoy, en quien reviven aquellos monjes fanáticos de los primeros siglos de la Iglesia, que pulverizaban a martillazos las bellas estatuas paganas, y echaban a la hoguera los vasos primorosos, las joyas y las telas ricas. En Tolstoy—y es curioso notar—reviven esos tipos históricos que parecían extinguidos, los anacoretas invasores de Roma, Constantinopla y Alejandría, enemigos de la hermosura porque aún no se habían dado cuenta de que es uno mismo y sólo el Autor de lo bello y el de lo bueno; y además, empeñados en que desapareciesen los monumentos de una religión adversa y falsa. Yo excuso a los Pacomios y a los Pablos, abrasados por el sol de sus yermos; no excuso lo mismo a un conde del siglo XIX, contemporáneo de Wagner y de d'Annunzio, y que dice pespes de Shakespeare, desde una tierra semipolar. Tolstoy es un artista sublime; pero es un bárbaro.

Consideramos y hasta veneramos a este bárbaro—recuérdese que los romanos fueron fuertes mientras llamaron bárbaros a los demás pueblos del mundo,—porque este bárbaro, este esclavo atormentado por el sombrío misticismo de la Edad Media en las extremidades de Europa, ha escrito *Paz y guerra*, *Ana Karenine*, *En el Cáucaso*, *La muerte de Ivan Ilitch*, *El príncipe Nekliudof*, *Los tres solitarios*, *Resurrección*, *El poder de las tinieblas*, *La sonata de Kreutzer*... y tantas y tantas obras maestras de la forma épica más propia de nuestro siglo—la novela, el cuento, el drama.—Lo magistral del arte de Tolstoy brilla en las páginas donde se olvida del apostolado y se limita a retratar la vida con singular energía y verdad asombrosa. Si Tolstoy fuese lógico, su arte debiera reducirse a lo que se reduce el de los romances de ciego. Por fortuna, Tolstoy no es bárbaro sino en sus aspiraciones: escribiendo, tiene todas las exquisiteces del observador realista más educado por el ejemplo de Balzac y de Flaubert, por la gradual difusión de la ciencia y el giro nuevo que ha tomado el arte. Lean con paz los incondicionales admiradores de Tolstoy, los que creen que el fin del arte es guiar a las multitudes hacia la tierra de promisión—la zanja donde llueven jamones y perdices y cada quisque se abraza;—lean con paz, digo, este calificativo de bárbaro que aplico, en el sentido de los romanos, al insignie novelista... No nace todos los días un bárbaro así; de tales bárbaros nos den carretadas. Y sin embargo, no me desdigo.

Hay que declarar, para ensalzar a Tolstoy como se merece, que su genio no ha conocido decadencia. Yo no gusto mucho del arte docente y de las tesis. Tolstoy me ha convencido de que se puede escribir para catequizar, y hacer cosas tan hermosas como las que hizo Flaubert, que era impasible, ó Balzac, que casi lo era. Zola rodó hasta el abismo de la ñoñería al meterse en dibujos evangélicos: Tolstoy no es ni más ni menos admirable cuando enseña (a su modo) que cuando retrata, con el vigor y la luz de un Rembrandt, y, en ocasiones, con la crudeza de un Franz Hals.

«¡Qué gran artista pierde el mundo!» diz que dijo aquel cómico de la legua que se llamó Domicio Enobarbo Nerón, al oír que llegaban los soldados para matarle y adelantarse clavándose un hierro en la garganta. Esta elegía y oración fúnebre será la que debemos aplicar al autor de la *Sonata*, cuando—quiera Dios que lo más tarde posible—difunda el telégrafo por ambos hemisferios la noticia, ya segura, de su tránsito... No lloraremos al reformador, al místico, al nihilista, al socialista, porque de todo eso muy leve huella quedará. Es al narrador inmenso, al cuentista maravilloso, al pintor del alma eslava, al que nunca llorarán bastante las Musas—maltratadas por él en cuanto Diosas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tolstoy está ó estuvo, según noticias, á pique de morirse. En los últimos diez años se pierde la cuenta de las veces que se ha encontrado en trance crítico Tolstoy. Luchan todavía—en lo avanzado de la edad—aquellas dos naturalezas de su niñez, la una de enfermo y epiléptico, la otra de robusto vástago á quien el cerebro fortifica el organismo y lo prepara á la longevidad y á la senectud fuerte, de viejo roble.

Tal vez el sistema y método que se ha impuesto Tolstoy sea en efecto muy higiénico y contribuya á conservarle y á sacarle con bien de tan frecuentes crisis. Se asegura que Tolstoy, en su suntuosa residencia de Yasnaya Poliana, rodeado de todos los detalles que exige el confort moderno, servido por criados correctos, enfundados en su librea ó llevando con soltura el frac, hace, él personalmente, aislándose en una habitación ó celda apenas amueblada, una especie de vida humilde, ascética ó cenobítica, y come y duerme y se viste como han comido, dormido y vestido los antiguos solitarios del desierto. Si en estas referencias hay ó no exageración, se puede discutir. Lo primero que necesita hacer un solitario, un penitente, es aislarse de la familia. Por algo ha dicho Jesucristo: «Si quieres seguirme, despréndete de todo.» La familia es muy dulce, muy insinuante y muy contraria á la afirmación de la individualidad. En familia, casi no hay modo de almorzar gachas si los demás almuerzan chocolate ó café. Rodeado de gentes que se bañan, se perfuman, se visten elegantemente, el sayo grosero de Tolstoy y los pies descalzos, como le retrató el pintor Répine, tienen forzosamente que ser una nota discordante. Hay escritores que narran la existencia diaria de Tolstoy y afirman que es cómoda y lujosa. A fe que lo siento. Me agrada esa leyenda, porque aun siendo Tolstoy una especie de heresiarca, tenía su ideal mucho de franciscano, el amor de la dama Pobreza, la descalcez y la ternura hacia todos los seres.

No significa lo que acabo de escribir que me hayan alucinado nunca las ideas de Tolstoy, las cuales, por señas, han cundido como reguero de pólvora, no sólo en Rusia, sino en Europa entera. No ha llegado á inficionarme esa enfermedad del tolstoísmo, diagnosticado sin benevolencia por Max Nordau en su libro *Degeneración*. Ni sé yo á quién podrán convencerle—aunque en efecto han convencido á muchos—esas ideas regresivas al estado salvaje, pues no á otro fin van, en su mayor parte, las doctrinas del autor de *Resurrección*. No hay para la humanidad sino dos estados: el de civilización—cuyos inconvenientes no niego—y el de naturaleza... que es igual al salvajismo. Por más pinturas poéticas que se nos hagan de la edad de oro, del siglo de Saturno, de los tiempos en que existía la inocencia y los hombres eran un rebaño de corderillos unidos por la fraternidad, no podrá la ciencia presentar en demostración de esa tesis ni un dato ni una prueba, ni en los pueblos más próximos al estado de naturaleza que nos ha sido dado conocer, como las repúblicas y monarquías americanas de la época del descubrimiento y de la conquista—y